

gaste mi corazon con el uno de tus ojos (1), esto es, con la union y conformidad que tienen estos justos, que son como tus ojos (2)! porque como los ojos son entre sí muy parecidos, y á una se abren y cierran, á una se menean á una y á otra parte, á una velan y duermen; así estos justos con grande conformidad á una van al templo, á una oran, á una oyen tus palabras, y á una ejercitan las obras de caridad, porque todos tienen un corazon y un espíritu unidos contigo y entre sí con perfecto amor. Ó Espíritu divino, pues eres el corazon invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida, que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande union y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazon con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor. Amen.

—Antes de proseguir esta historia pondré dos meditaciones, en las cuales vean los justos que ahora viven el caudal que tienen del Espíritu Santo para llegar á la santidad que tuvieron los primitivos cristianos.—

MEDITACION XXVI.

DE LA EXCELENTÍSIMA PERFECCION QUE EL ESPÍRITU SANTO COMUNICA POR MEDIO DE SUS INSPIRACIONES, Y DE LAS PROPIEDADES QUE TIENEN.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como el Espíritu Santo á los que engendra en el ser de gracia por el agua del Bautismo los hace semejantes á sí mismo, y por medio de sus inspiraciones los va levantando á tanta alteza de santidad, que se puedan como él llamar espíritus. Así lo dice expresamente Cristo nuestro Señor, hablando con Nicodemus: *Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. El espíritu inspira donde quiere, oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni dónde va: así es todo hombre que ha nacido del espíritu* (3). Que es decir: Como lo que nace de carne por carnal generacion es en todo semejante al que lo engendró, del cual recibe la naturaleza con las mismas propiedades é inclinaciones naturales que él tiene, como un hombre engendra otro hombre semejante á sí mismo en lo que es propio de hombre, aunque no llega á tener toda su perfeccion en las obras hasta que ha crecido; así tambien en su propección, lo que nace

(1) Cant. iv, 9. — (2) D. Greg., ibi. — (3) Joan. iii, 6.

del Espíritu Santo por la generacion espiritual es semejante al mismo Espíritu, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participacion de la divina naturaleza, y en virtud de las cuales se puede llamar espíritu: esto es, hombre espiritual semejante al Espíritu Santo, que espiritualmente le engendró. Por lo cual dijo san Agustín: *Si nascaris de Spiritu hoc, eris ut ille, si naces del Espíritu Santo, serás como él es* (1), y en virtud suya podrás vivir en carne como si fueses espíritu, libre de resabios carnales, ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido con fervientes afectos, imitando el excelentísimo modo que tiene de hacer sus obras. Ó Espíritu santísimo, ¿qué gracias te podré dar por tan alta dignidad como concedes al hombre de carne, que pueda como tú ser y llamarse espíritu? Ó Padre amorosísimo, que de tal manera engendras á tus hijos, que estás dentro de ellos, ayudándolos á crecer y obrar, para que lleguen á ser perfectos como tú lo eres: pues ya me has engendrado por el Bautismo, inspírame lo que tengo de hacer, para que mis obras sean semejantes á las tuyas, y llegue á ser contigo un mismo espíritu (2) por todos los siglos. Amen.—Luego puedo discurrir por tres excelentes propiedades que tiene el Espíritu Santo en la obra de su inspiracion, que se tocan en las palabras propuestas, es á saber, libertad suma, eficacia todopoderosa, y secreto grande en sus medios y fines: en los cuales podemos imitarle, al modo que se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO.—1. La primera propiedad del Espíritu Santo es, que *ubi vult spirat*. Inspira donde quiere, porque hace su obra de inspirar con suma libertad; no por fuerza, porque no hay quien le fuerce; ni por temor, porque no tiene qué temer; ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligacion de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: solamente inspira porque quiere, y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte, que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere, con mucha frecuencia ó con poca, con gran fuerza ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere segun las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores, *prout vult, como quiere*. Pero en esto muestra su liberalidad infinita, porque da estas inspiraciones de repente á todos con todos los modos que hay de liberalidad.—Lo primero, dálas á quien no se las pide, ni se acuerda de pedir las.—Lo segundo, á quien no las me-

(1) Tract. 12 in Joan. — (2) I Cor. vi, 17.

rece, antes las desmerece por sus pecados.—Lo tercero, á quien no las quiere, antes las contradice y resiste como Saulo (1), pero con mas frecuencia y eficacia las da á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos; de los cuales dice el apóstol san Pablo: *Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios* (2). ¡Oh dichosos hijos, que traen por ayo perpetuo y compañero al divino Espíritu (3)! Ó Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente bueno, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspirándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que siendo movido por tí, en todo me parezca á tí.

2. De aquí subiré á ponderar el modo excelentísimo como el justo que perfectamente ha nacido del espíritu, con su inspiracion hace lo que quiere, no cosas malas, ni prohibidas, ni vanas ó impertinentes; porque el Espíritu Santo no mueve á cosas semejantes, sino siempre á cosas buenas, santas y provechosas, y estas hace con suma libertad de espíritu, no forzado como los esclavos, no con repugnancia ó tédio como los tibios, no por miedo del infierno como los imperfectos, ni principalmente por el premio como los jornaleros, sino porque quiere hacer placer á Dios y ama la virtud, de tal manera, que aunque no hubiera infierno, no pecara, porque no hay para él mas terrible infierno que el pecado; y aunque no hubiera premio, no dejara de hacer lo que Dios le manda, porque obedecerle es su premio, y dentro de sí tiene una ley viva que le inclina á querer todo lo que Dios quiere. Y en esto consiste su perfecta libertad de espíritu, conforme á la del Espíritu Santo, segun aquello de san Pablo que dice: *Dios es espíritu, y donde está el espíritu de Dios hay libertad* (4).—De aquí es, que como el Espíritu Santo inspira á buenos y malos, porque quiere mostrar en esto su bondad; así el justo, movido con su inspiracion, hace bien á todos, á los amigos y á los enemigos, y á los que le contradicen y persiguen, mostrando en esto ser hijo de Dios, y tener su divino Espíritu.

3. Finalmente, siempre hace lo que quiere, porque totalmente ha puesto su voluntad en la de Dios y de su divino Espíritu; y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios. Por lo cual dijo el glorioso san Buenaventura (5), que los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes de su voluntad para lo que quieren. Ó alma mia, si deseas esta soberana omnipoten-

(1) Act. ix, 3. — (2) Rom. viii, 14. — (3) D. Bern. Serm. 32 in Cant.

(4) I Cor. iii, 17. — (5) In dic. salutis, tit. 8, c. 1.

cia, quiere solamente lo que quiere Dios, y alcanzarla has. Resuélvete de una vez á negar tu propia voluntad, resignándola en la divina, y cumpliendo siempre la de Dios, cumplirás tambien la tuya. Ó Dios de mi alma, desde hoy mas me determino á querer lo que tú quieres, no por fuerza (1), sino de grado, no por temor é interés, sino por puro amor, porque mi gusto es querer el tuyo, y tu querer es gusto mio.—De aquí sacaré las señales para conocer la inspiracion del Espíritu Santo, contrarias á las sugestioness del mal espíritu, de quien procede la desgana, repugnancia, tédio y horror al cumplimiento de la divina voluntad y de su santa ley. Pero el temor del infierno y esperanza de premio pueden proceder del Espíritu Santo, porque no siempre inspira lo mas perfecto, sino suele comenzar por lo imperfecto.

PUNTO TERCERO.—1. La segunda propiedad del Espíritu Santo es, que cuando inspira, *vocem ejus audis*: oímos su voz, descubriendo en esto su omnipotencia en muchas maneras.—Lo primero, en que cuando quiere inspirar, no hay para él puerta cerrada en el alma, ni estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oír su voz (2): esto es, sentir su toque é inspiracion y lo que por ello dice, aunque puede el hombre no consentir con ello (3). Y en esto tiene una cosa singular, que puede inmediatamente y del primer golpe entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere: porque es dueño y señor absoluto de nuestro espíritu, en quien y por quien puede hablar de cualquier cosa corporal ó espiritual que le diere gusto, con figuras sensibles de la imaginacion y sin ellas.

2. Pero mas adelanté pasa su omnipotencia y bondad, porque tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga como Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga* (4)? De donde resulta que el hombre espiritual, movido de este divino Espíritu, tiene la misma fuerza y maña para todo lo que quiere del divino servicio, aunque sea muy dificultoso y áspero, rompiendo muros de dificultades, para salir con lo que quiere, pareciéndose en esto al Espíritu Santo de quien es movido. Ó Espíritu santísimo, pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta

(1) Psalm. liii, 8.—(2) D. Bern. Serm. 45 in Cant.—(3) D. Thom. 1 p. q. 105, art. 3 et 4; 111, art. 2; 2, 2, q. 173, art. 2.—(4) Act. ix, 6.

eficacia, que sin hacerte esperar luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad.

3. Lo segundo, he de ponderar que así como cada hombre tiene su particular modo de voz, por lo cual se manifiesta y es conocido y diferenciado del otro, y como dice Job (1), el oído percibe la diferencia de estas voces; así la voz interior é inspiración del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades y señales, que percibe el oído del alma, por las cuales conoce que Dios es el que habla, y distingue su voz de la voz del mal espíritu, que las tiene muy contrarias. Y todo se ve por los efectos interiores de cada una (2), porque el Espíritu Santo con su voz enternece los corazones duros, doblega los tercios, ablanda los ásperos, enciende los frios, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraídos, establece los mudables, consuela los tristes y pacifica los turbados; convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos, los codiciosos en pobres de espíritu, y los regalados en templados y mortificados en su carne. Y esto hace con imperio y majestad, con suavidad y eficacia; turbando con temor al malo para que se enmiende, y estremeciendo al bueno para que le reverencie, parando siempre en justicia, gozo y paz. Al contrario de esto va el espíritu malo en su voz aunque disimulada. Ó Espíritu divino, habla dentro de mí, que tu siervo oye. Tú dices que deseas oír mi voz, yo deseo mucho oír la tuya. *Fac me audire vocem tuam; hazme que oiga tu voz* (3) divina y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mía, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las tuyas.

4. De aquí he de sacar, que el varón espiritual movido del Espíritu Santo tiene sus voces, por las cuales es conocido por tal, semejantes á las del Espíritu Santo que le mueve. Las voces son modestia en el rostro, gravedad en los meneos del cuerpo, pureza y discreción en las palabras, presteza en la obediencia, templanza en la comida, alegría en las persecuciones, constancia en los trabajos, humildad en sujetarse á todos, diligencia en las obras del culto divino, gusto en la oración, celo en ayudar á las almas. Estas y otras obras semejantes son voces del que ha nacido perfectamente del Espíritu Santo, y es movido de su inspiración, por las cuales será conocido, porque el árbol se conoce por su fruto.

PUNTO CUARTO. — 1. La tercera propiedad del Espíritu Santo es, que aunque inspira de modo que oímos su voz, pero *nescis unde veniat, aut quo vadat*. No sabemos de dónde viene ni á dónde va, por-

(1) Job, xii, 11. — (2) D. Greg. Lib. XXVIII Moral. c. 2. — (3) Cant. viii, 13.

que de propósito quiere encubrir sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos encubre la venida de su inspiración, cuanto al tiempo, lugar, ejercicio y ocasión de ella. Unas veces viene en días de fiesta, otras en día de trabajo, ya de día, ya de noche, ya á la mañana, ya á la tarde; unas veces viene en la iglesia ó en el oratorio, otras en la plaza ó en el campo. Unas veces viene en la oración ó misa, ó en el sermón, otras en el negocio y obra exterior. Unas veces entra por medio de la vista, viendo alguna imagen devota, otras por el oído oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algún dolor ó trabajo. Finalmente no se puede saber, como el mismo Señor dijo á Job, *por qué caminos esparce la luz* (1) de sus divinas ilustraciones y el calor de sus encendidas inspiraciones; porque quiere que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de ella tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor, y que cuando se nos da no es por nuestros merecimientos, sino por gracia del dador. Ó Dador de los dones, visitame á menudo con tu santa inspiración, y ven por el camino que quisieres, porque yo gusto de no saberle para humillarme, creyendo que en todo lugar y tiempo puedes favorecerme.

2. De la misma manera nos encubre el Espíritu Santo el fin que pretende con sus inspiraciones, porque aunque sabemos ser su voluntad que le obedezcamos en hacer lo bueno que nos inspira, para gloria suya y salvación nuestra; pero no sabemos á qué fin particular lo encamina, porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con grande impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden saber hasta que el suceso los descubre, como dice san Pablo, que *atado en el Espíritu*, con la fuerza de su inspiración, *subía á Jerusalem, sin saber las cosas que allí le estaban esperando* (2), porque gusta nuestro Señor que con rendimiento de juicio y voluntad obedezcamos á su santa inspiración, esperando de su amorosa providencia el fin que pretende en ella. Ó Padre amorosísimo, inspírame lo que te agrada conforme á tu santa ley, porque bástame saber el fin último que pretendes, para que yo te obedezca en los demás medios y fines que ordenares.

3. De aquí he de sacar dos cosas. — La primera, que si soy movido del Espíritu Santo, aunque haga obras públicas, por las cuales se manifiesta la virtud del alma, he de encubrir mis fines é intencio-

(1) Job. xxxviii, 24; D. Greg. ib. — (2) Act. xx, 22.

nes á los hombres, contentándome con que sean manifiestas á solo Dios, porque el ladron de la vanagloria no robe mi tesoro, aunque es necesario dar parte al confesor y al maestro que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz, no me engañe.—La segunda es, tener gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad, pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: *Sic est hominis*, así es todo hombre que nace del espíritu, para darnos esperanzas que cualquier justo podrá subir á esta perfeccion, si vive conforme á la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece á la mocion del divino Espíritu que le encamina á ella; y en prendas y señal de esto, á todos los justos da sus siete dones, como luego veremos.

MEDITACION XXVII.

DE LOS SIETE DONES QUE DA EL ESPÍRITU SANTO Á LOS JUSTOS, PARA QUE SE DEJEN GUIAR DE SUS INSPIRACIONES Y ALCANCEN GRANDE SANTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Primeramente se ha de considerar, como el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad (1), infunde tambien á los justos siete dones, que llamamos *don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios* (2), cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas, por su propia eleccion y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera; esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiracion le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos, para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos movidos de su impulso (3). Por donde se ve las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones; por los cuales he de alabarle siete veces al dia, como David, convidando á los Apóstoles y Santos del cielo que me ayuden é ello. Ó sagrados Apóstoles, que como

(1) D. Thom. 1, 2, q. 68. — (2) Isai. xi, 2. — (3) D. Thom. q. 68, art. 2.

palomas volásteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuisteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones (1); suplicad á este divino Espíritu me los comunice, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiracion.

2. De lo dicho inferiré, que, como dice santo Tomás (2), estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiracion del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvacion y perfeccion, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones, para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda, hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo con los siete dones por medio de sus inspiraciones nos aparta del mal, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones; lo cual declaró san Gregorio por estas palabras: *Contra la necesidad nos arma la sabiduría; contra la rudeza el entendimiento; contra la precipitacion el consejo; contra la ignorancia la ciencia; contra la pusilanimidad la fortaleza; contra la dureza la piedad, y contra la soberbia el temor*. De modo que estos siete dones son armas ofensivas y defensivas (3), que nos da el Espíritu Santo, contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan.—Lo primero, unas tentaciones proceden del tedio ó desgana que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eternas, y enfadada de ellas las deja, y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná suspiraban por las ollas de Egipto. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos, y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor, y nuestra necesidad clama por él.

(1) Isai. lx, 8. — (2) Ibid. art. 2. — (3) Lib. II Moral. c. 26.